

SABERES, EXPERIENCIAS E HISTORIAS CONTEMPORÁNEAS EN UNA INVESTIGACIÓN SOBRE LUGARES Y PAISAJES ARQUEOLÓGICOS

Natalia Mazzia¹ y Valeria Elichiry²

RESUMEN

En este trabajo se explora sobre saberes, experiencias e historias contemporáneas en torno al paisaje y al pasado en un sector serrano en el centro-este de Tandilia (Buenos Aires, Argentina). El mismo se enmarca en una investigación arqueológica sobre paisajes de cazadores recolectores pampeanos. A partir de entrevistas antropológicas se buscó recopilar historias personales en relación al ambiente serrano respecto a movimientos corporales, las posibilidades y limitaciones con las que se encuentran diferentes personas, y a los tiempos que requieren los distintos recorridos en las sierras. El objetivo es integrar esas historias en las interpretaciones arqueológicas. También se propuso analizar las relaciones de la comunidad local con los sitios arqueológicos y la historia que representan.

La integración del trabajo de campo antropológico a la investigación arqueológica permitió reflexionar sobre la existencia de una relación de distancia entre la comunidad local actual y el paisaje serrano con el que convive y una falta de identificación de las personas con el pasado indígena local así como el no reconocimiento del patrimonio arqueológico como propio. Esto último es considerado para delinear la forma que deberán asumir nuestros próximos trabajos tendientes a la protección del patrimonio y la comunicación del conocimiento sobre el pasado que incluyan las expectativas de los diferentes actores sociales.

Palabras clave: Entrevista antropológica; comunidad local; paisajes arqueológicos; Tandilia.

ABSTRACT

This paper deals with contemporary experiences, stories and knowledge about both landscape and the past in a hilly area located in the central east portion of Tandilia (Buenos Aires, Argentina). It is included in a larger archaeological research program on landscapes of pampean hunter-gatherers. Through anthropological interviews we collected personal stories related to the ranges where the archaeological sites studied through our research project are situated, our main areas of interest were issues pertaining to body movements, including corporeal possibilities and limitations experienced by different people, and the time involved in walking several hilly paths. This information is analyzed and integrated into our archaeological interpretations. We also considered local community relationships with archaeological sites and the history they represent.

Based on archaeological studies, these ranges were the scenario for recurrent human occupations during the Final Pleistocene and Early Holocene. Particularly, some places in these hills such as the hilltop of Cerro El Sombrero, played a distinctive role in early hunter gatherers' lives. Also, other places were the scenario for occupations during later times in the Holocene. In contrast, anthropological fieldwork revealed the existence of a distant relation between the current local community and the surrounding hills; also a lack of identification with the local indigenous past and the non-recognition of the archaeological

¹ CONICET- Área Arqueología y Antropología. Museo de Ciencias Naturales. Municipalidad de Necochea. natymazzia@yahoo.com.ar.

² Área Arqueología y Antropología. Museo de Ciencias Naturales. Municipalidad de Necochea. valeriaelichiry@hotmail.com.

heritage were recognized. This last is relevant when outlining future tasks on heritage protection and communication of knowledge about the past, which will seek to include the expectations of different social actors.

Keywords: Anthropological interviews; local community; archaeological landscapes; Tandilia.

RESUMO

Neste trabalho iremos explorar nos saberes, experiências e histórias contemporâneas sobre a paisagem e o passado em uma área de serra no centro-leste de Tandilia (Buenos Aires, Argentina). O trabalho faz parte de um projeto arqueológico sobre paisagens em caçadores-coletores pampeanos. A partir de entrevistas antropológicas procurou-se reunir histórias de pessoais sobre o ambiente de serra em relação aos movimentos corporais, às possibilidades e limitações com as quais se encontram as diferentes pessoas, e ao tempo que leva recorrer as diferentes rotas das serras. O objetivo é integrar as histórias nas interpretações arqueológicas. Também procuramos analisar a relação entre a comunidade local e os sítios arqueológicos e a história que eles representam. A integração do trabalho de campo antropológico com a investigação arqueológica permitiu refletir sobre a existência de uma relação de distância entre a comunidade local atual e a paisagem de serra com a qual convivem e uma falta de identificação da população com o passado indígena local, assim como também a falta de reconhecimento do patrimônio arqueológico como próprio. Isto também deveria ser considerado em futuros trabalhos focados na proteção do patrimônio e a comunicação do conhecimento sobre o passado, os quais devem incluir as expectativas dos diferentes atores sociais.

Palavras-chave: Entrevista antropológica; comunidade local; paisagens arqueológicas; Tandilia.

INTRODUCCIÓN

Los lugares nos cuentan historias, o pueden ser un punto de partida para contarlas. En ellos, espacio, cuerpos y objetos confluyen en las experiencias y vivencias de las personas. En este trabajo exploramos el presente de un paisaje serrano con un profundo pasado. En el centro-este de las sierras de Tandilia (provincia de Buenos Aires; Figura 1) existen evidencias de ocupación humana desde hace aproximadamente 12.000 años. Los estudios arqueológicos en este sector serrano tienen una trayectoria de más de 30 años (Flegenheimer 2004). Las investigaciones en torno a la vida de los grupos de cazadores recolectores que habitaron este espacio se han basado en el estudio de diferentes aspectos de su cultura material, mayormente enfocados en las características del conjunto lítico (por ejemplo, Flegenheimer 1991, 2004; Flegenheimer

y Bayón 1999; Flegenheimer *et al.* 2013; Weitzel 2010). También tuvieron un fuerte impulso los análisis espaciales enmarcados en una perspectiva paisajística (Mazzia 2010/2011). Una de las premisas en la que se sustentaron estos últimos es que la materialidad de la vida humana involucra no sólo a los objetos sino también a los cuerpos y al espacio (Augé 1998; Bender 2002; Gamble 2001; Ingold 2000; Low 2003; Thomas 2001; Tilley 1994, 2010; Tuan 2008 [1977], entre otros). A partir de la integración de la información obtenida de los objetos, los espacios y las posibilidades corporales se desarrolló el estudio de lugares arqueológicos. Así, el paisaje es entendido como una red de lugares interconectados mediante las características de sus emplazamientos, las evidencias materiales de las prácticas humanas y las experiencias corporales (Gamble 2001; Thomas 2001; Tilley 1994).

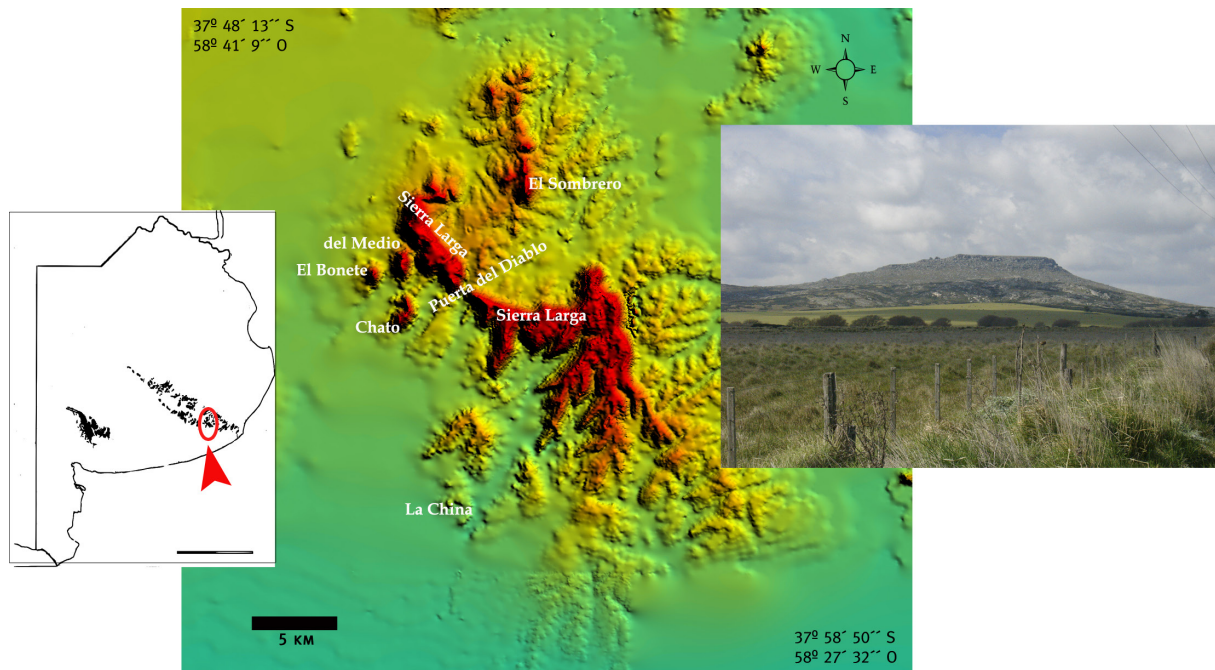


Figura 1. Ubicación del área de estudio y referencia a los principales cerros mencionados en el trabajo. Fotografía del cerro El Sombrero.

El presente trabajo se enmarca en estos estudios arqueológicos sobre lugares y paisajes.

El objetivo central es incorporar saberes de la comunidad local en las investigaciones arqueológicas a partir de trabajos de campo antropológico. Por un lado, se buscó recopilar historias personales, experiencias y actividades en torno al ambiente serrano respecto a movimientos corporales, las posibilidades y limitaciones con las que se encuentran diferentes personas, y a los tiempos que requieren los distintos recorridos en la sierra. El fin último de esta recopilación es integrar las diferentes historias y experiencias en las interpretaciones arqueológicas.

Por otro lado, se propuso analizar las relaciones de la comunidad local con los sitios arqueológicos y la historia que representan, vinculadas a sus propios saberes sobre el paisaje en el que viven y sobre el pasado. Esto último será considerado para delinear la forma que deberán asumir nuestros próximos trabajos tendientes a la protección del patrimonio y a la generación de nuevos dispositivos de comunicación del conocimiento sobre el pasado, que incluyan las expectativas de los diferentes actores sociales. Se trata de comenzar a dar forma una agenda de tareas orientada por los intereses y las inquietudes de la comunidad local.

SOBRE EL TRABAJO DE CAMPO

El trabajo de campo antropológico fue realizado en el sector-centro oriental de Tandilia (sierras de Lobería, paraje Dos Naciones) y en las cercanas ciudades de Lobería y Necochea (Buenos Aires); se desarrolló en el transcurso de cinco años, a la par del trabajo de campo arqueológico en el que se enmarca (Mazzia 2010-2011). La principal herramienta de investigación utilizada fue la entrevista antropológica. Este tipo de entrevista ha sido empleada como una estrategia para que la gente se exprese acerca de lo que hace, piensa, sabe y cree. Se buscó observar la manera en que los actores categorizan su experiencia a partir de sus representaciones de sentido desde la cotidianeidad social (Achilli 2005; Guber 2004; Sanmartín Arce 2000). Desde un enfoque relacional y reflexivo, la entrevista antropológica se presenta, además, como un encuentro que permite afianzar las relaciones sociales en el campo; se trata al mismo tiempo de una herramienta de recolección de información y una instancia de producción de datos (Guber 2004). Dado que la entrevista antropológica es parte de un proceso y no un elemento aislable de la investigación de campo en su totalidad (Sanmartín Arce 2000), la misma resultó una alternati-

va más entre otros tipos de intercambios verbales ocurridos durante encuentros ocasionales (Guber 2001). De esta forma, la información y el análisis expuestos representan el resultado de los encuentros planificados en el marco de las entrevistas, sumado a los registros en la libreta de campo luego de charlas ocasionales. El registro se efectuó mediante dos vías diferentes. Por un lado, los encuentros con los informantes fueron registrados mediante la grabación digital de voz y fotografía, en las ocasiones en que la cámara no interfería con la comodidad de la situación. Por otro lado, toda la información referente al contexto y a la gestualidad de los entrevistados fue registrada en el diario de campo al finalizar el encuentro. Las entrevistas fueron desgrabadas y transcritas, complementadas con anotaciones marginales sobre pausas, énfasis y gestualidad tomadas durante el proceso de desgrabación y de revisión de los diarios de campo (Oxman 1998).

ACTORES Y ESCENARIOS

Las entrevistas fueron realizadas sobre un conjunto de personas sumamente heterogéneo, separado en tres grupos diferenciados en función de su relación con el ambiente serrano: quienes no viven allí y lo consideran como un posible lugar turístico, quienes viven su cotidianeidad en ese espacio y las personas para las cuales representa su escenario laboral. En total fueron entrevistadas 39 personas, con edades entre los 4 y los 78 años.

La microrregión serrana, ubicada en el partido de Lobería, se encuentra próxima a diferentes centros urbanos. El más cercano es San Manuel, ubicado 25 km hacia el noroeste³. A pesar de ser la población urbana más próxima, no se han incluido sanmanuelenses entre los entrevistados debido a la estrecha relación del poblado con otro sector serrano, las sierras de San Manuel, escenario cotidiano que enmarca espacial y visualmente a gran parte de la localidad. Algo similar ocurre con los habitantes de la ciudad de Balcarce, ubicada a 30

km de distancia en dirección este. Los cerros de Balcarce no resultan ajenos para quienes viven en esa ciudad, de hecho, diferentes barrios han sido construidos al pie de las sierras. Finalmente, la ciudad de Lobería, cabecera del partido en el que se encuentran el área de estudio, se halla a una distancia de 36 km hacia el sur. La traza urbana no incluye a las sierras en su perspectiva diaria y la relación que pueden establecer sus habitantes no es directa ni cotidiana. Fue allí en donde se llevó a cabo la mayor parte de las entrevistas, dado que son los loberenses quienes consideran a estas sierras como propias. En suma, lo que buscamos en esta oportunidad son experiencias en torno a la microrregión serrana ubicada en Lobería, en el mismo sector en donde desarrollamos las investigaciones arqueológicas. Por este motivo, sanmanuelenses y balcarceños fueron excluidos del relevamiento.

En el área rural, aledaña a las sierras, las entrevistas fueron realizadas en almacenes de ramos generales (Dos Naciones y La Alianza), dentro de campos y en las escuelas primarias estatales N° 19 y N° 34.

VIVIR EN LA CIUDAD, CERCA DE LAS SIERRAS

Se realizaron nueve entrevistas a personas que viven en Lobería y otras dos fueron hechas a habitantes de Necochea (distante 77 km), que participaron de un recorrido turístico por las sierras. Sus experiencias de vida en la zona varían tanto como sus ocupaciones: artesanos, periodista, carnicero, mozo, propietarios de campo, museóloga, florista y docentes.

Si bien todas estas personas han visto los cerros alguna vez al pasar por la ruta provincial 227, que corre al oeste del conjunto de sierras, solamente uno de ellos ha subido. Se trata de N, nacido y criado en Lobería. Los cerros los visitó siendo ya grande y lamenta que en sus años en la escuela nunca los hayan llevado de excursión. Para él, el ambiente serrano representa un lugar especial que no puede ser descripto con palabras. Sin embargo, a la hora de elegir las sierras a visitar, N prefiere las de Tandil: “...las de Tandil son más grandes... no tenés que pedir permiso para entrar... hay me-

³ Todas las distancias son calculadas desde un punto fijo en la Puerta del Diablo hasta el centro de la ciudad referida.

nos espinillo⁴”. Lo que motivó su viaje a las sierras fue la caza. Este informante destaca la cantidad y diversidad de animales que pueden encontrarse en los cerros: “...*hay mucha liebre y zorro, es impresionante. He sentido que atraparon panteras... y gato montés, ja rolete! Todos los bichos raros están ahí porque son lugares a los que no entra nadie...*”. Al preguntarle sobre los recorridos que realizó cuando fue a cazar, N describió su paso por la ladera y las cuevas pero resaltó que nunca llegó a la cima, porque para ello: “...*tenés que estar en buen estado, no es fácil...*”.

Otras seis personas entrevistadas en la ciudad visitaron las sierras pero solamente las contemplaron desde la llanura. A cuenta que una vez fue de paseo cerca de Sierra Larga. Fueron a un campo a comer un asado y él aprovechó para caminar por el lugar: “... *pero no tenía guía ni nadie que supiera para poder conocer mejor...*”, no se animó a subir solo. La experiencia de S se limita también a una única visita a las sierras, cuando estaba en la escuela y la llevaron de excursión. En esa ocasión, el contingente de alumnos no subió a la sierra porque era peligroso: “...*no nos dejaban acercarnos por el tema de las víboras...*”.

Un matrimonio necochense visitó en una ocasión las sierras en una excursión promocionada por la Dirección de Turismo de Lobería. Su contacto con las sierras fue visual. Según cuentan L y G pudieron llegar hasta el pie de Sierra Larga, pero se quedaron con una sensación de impotencia por estar tan cerca y no poder subir a recorrer. El principal argumento utilizado por los organizadores fue el peligro que representaban las víboras en el ascenso. Otra pareja habla de las sierras con mucha familiaridad. Para ellos, Sierra Larga y cerro El Sombrero representan: “... *escenarios llenos de paz y belleza...*” que visitan al menos una vez por mes. Sin embargo, nunca han subido. Los motivos no son claros; si bien se los ve con mucha vitalidad ambos dejan entrever que ya tienen 60 años y que el cuerpo no los acompaña.

Un caso particular lo representan otros dos entrevistados, una pareja de 76 y 78 años de edad. Si

bien J e Y no han recorrido los cerros del área de estudio, sí han subido infinidad de veces a otras sierras de la zona. Todavía lo continúan haciendo, principalmente J, quien posee un pasado como andinista y no se cansa de contar su ascenso al cerro Aconcagua⁵. Es por eso que cuando se refiere a las sierras locales dice: “...*son sierras muy fáciles... y además son lindas, llenas de cuevas, de plantas... Me encanta subir y trepar por la roca*”. Aunque J es quien tiene un pasado de entrenamiento en montaña su esposa también cuenta con naturalidad sus ascensos a las sierras. Y recuerda una excursión que hicieron para conocer la cueva del ermitaño⁶, en una sierra de la que no recuerdan el nombre:

“*Yo tenía 73 años cuando hicimos la excursión, me acuerdo que subimos bien, sin problemas... ahora quizás me falte un poco el aire si trato de hacerlo... En esa oportunidad no llegamos hasta la cima porque estábamos buscando la cueva, pero estaríamos a unos 20 o 30 metros caminando entre las rocas*”.

Por último, otras dos personas entrevistadas en la ciudad de Lobería no visitaron nunca el área serrana y sólo tienen presente las siluetas de los cerros, vistas al pasar por la ruta.

Con respecto al pasado humano, son estos dos últimos entrevistados los que más detalles poseen acerca de los sitios arqueológicos y sus historias. Ambos cuentan que la información la han obtenido a partir de lecturas, de encuentros personales

⁵ Montaña de 6959 msnm situada en la cordillera de los Andes, provincia de Mendoza.

⁶ La historia del ermitaño es uno de los pocos cuentos serranos que se conocen. Según contaron J e Y se trató de un inmigrante español que durante los años de 1930 vivió aislado en una cueva. Él trabajaba como papero en la zona y ahorraba dinero para hacer viajar a su novia que aún vivía en España. Tenía todos sus ahorros escondidos en el campamento y un día descubrió que se los habían robado. Loco de ira, mató al ladrón y huyó a las sierras. Vivió varios años en una cueva, alimentándose de verduras que cultivaba en una huerta y de pan y carne que le llevaba la gente de los campos. Un día de invierno, después de una prolongada ausencia, lo fueron a buscar y lo encontraron muerto en la cueva sin cabeza.

⁴ Se refiere al curro (*Colletia paradoxa*), arbusto espinoso nativo del ambiente serrano.

con diferentes arqueólogos que visitaron la ciudad y de la exposición del museo local⁷. El museo resulta una referencia ineludible para todos los entrevistados en Lobería, a pesar de que no todos han recorrido sus salas. Incluso en algunas descripciones sobre el pasado humano, se entremezclan los huesos de dinosaurios y los animales embalsamados que les contaron que hay en el museo.

Más allá de las diferencias entre estos 11 testimonios, todos coinciden en el interés por visitar un sitio arqueológico en el momento en que esté siendo excavado. Además, la forma para comunicar el conocimiento arqueológico, mencionada como la más esperada, es la charla en primera persona con los investigadores, acompañada por imágenes sobre los lugares que estudian. Sobre la importancia del soporte visual se refieren, por ejemplo, J e Y diciendo:

“Uno no se imagina la vida de los indios al aire libre, en el medio de la pampa o en la cima de un cerro... es más fácil imaginarlos en las cuevas...Es importante mostrar los lugares para que la gente se interese... se podría filmarlos u organizar visitas. Yo creo que lo importante es motivar a la gente desde lo visual para despertar su interés por la historia local”.

Para quienes viven en la ciudad de Lobería, los cerros representan un potencial espacio turístico. Sin embargo, como lugar de esparcimiento las sierras de la zona no resultan accesibles para todo público. La presencia de víboras y la necesidad de un estado físico atlético suelen ser algunos de los motivos mencionados con frecuencia. No obstante, el mayor impedimento parece estar representado por la propiedad privada de las sierras.

El turismo rural surgió como una opción para revertir esta situación. Por ejemplo, la Estancia Santa María cuenta con un casco histórico al pie del cerro La China, muy próximo al sitio 1 (Flegenhimer 2004). Su promoción dice: *“...este establecimiento enclavado al pie del cerro La China... en donde se han encontrado muestras de la presencia*

humana desde hace 12.000 años...” (www.turismoloberia.gov.ar). Según la información oficial, no hubo aún turistas interesados en esta oferta.

Otra propuesta ofrece comidas campestres, actividades hípicas y caminatas por la llanura ondulada con vista a las sierras, pero no el ascenso porque los cerros se encuentran al otro lado del alambrado. El matrimonio propietario cuenta que las posibilidades de subir a las sierras han cambiado muchísimo. Cuando era chico, R vivía en la estancia; en ese entonces, cada vez que alguien iba de visita él guiaba un recorrido por Sierra Larga, a pesar de tener que traspasar a otra propiedad. Finalmente, la tercera estancia interesada en formar parte de la oferta turística se encuentra al pie de Sierra Larga, en el abra. En ese sector el ascenso hasta la cima es muy accesible y los propietarios del campo han señalado el camino con pintura roja sobre las rocas y lo mantienen sin vegetación. Sin embargo, en invierno el camino vecinal por el que se llega al campo no puede ser transitado con normalidad después de las lluvias, y en verano no permiten el ascenso de turistas por el riesgo que representan las víboras, tal como fue registrado en la entrevista del matrimonio necochense que realizó la excursión.

VIVIR, TRABAJAR Y ESTUDIAR AL PIE DE LAS SIERRAS.

El almacén

El almacén La Alianza se ubica sobre la ruta provincial 227, 13 km al noroeste de las sierras. Del otro lado del mostrador se encuentra un hombre que atiende el almacén desde el año 1945. A pesar del tiempo transcurrido en el lugar cuenta que cuando quiere descansar y recorrer sierras viaja a Tandil: *“... mi relación con ese espacio es nula, no voy para allá”.*

Una situación diferente se produce en el almacén Dos Naciones, ubicado en el corazón del paraje serrano. Allí todos tienen algo para contar sobre el lugar y su gente. Si bien la entrevista estuvo originalmente destinada a quienes trabajan y viven en el almacén, R y C, madre e hijo respectivamente, otras cuatro personas sumaron sus comentarios al

⁷ Museo de Ciencias Naturales G. P. Nosedá.

entrar al comercio para hacer compras. Por ello, los registros son el resultado de una entrevista colectiva, ya que no solamente seis personas diferentes hicieron sus aportes como entrevistados, sino que algunos asumieron el rol de entrevistador e hicieron sus propias preguntas a los demás.

La población serrana hace 50 años, cuando R llegó a Dos Naciones, era mucho más numerosa. Según cuenta: "... vivían muchísimos paperos, había una tienda de ropa, una peluquería, tres almacenes... tres maestros en la escuela... Ahora hay mucho desarraigo...". Para R todo cambió: en los campos vive menos gente, porque pasaron a formar parte de una empresa, a lo que debe sumarse que nadie sale por miedo a los hechos de inseguridad. Estos cambios se relacionan con el acceso a las sierras que los habitantes de la zona pueden tener. Esta mujer de más de 60 años nunca subió a las sierras, ni siquiera cuando las relaciones vecinales eran más propicias para hacerlo. El motivo: las víboras. En el momento en que R hablaba de sus temores, otras dos personas se sumaron a la charla para contar sus experiencias sobre estos reptiles. El tema se prolongó durante 20 minutos concluyendo que Q y X, dos trabajadores rurales, prefieren no subir porque "*hasta en los meses más frío del invierno te pueden picar*".

Para C, en cambio, los motivos son otros. Él no hace explícito ningún temor sino la molestia que le causa la prohibición de entrar: "*hay espacios que deberían ser de todos, tendrían que ser políticas de Estado*". Igualmente, después de un momento de reflexión sobre su falta de interés, C comentó: "*será que uno no reconoce la belleza de lo que ve todos los días, las sierras estas son para los turistas... ¿si los dejan entrar?*". Otro tema que inevitablemente surge en todas las conversaciones sobre los aspectos negativos de las sierras es la presencia de helecheros (véase más adelante), quienes son frecuentemente calificados como bandidos.

Entre las personas que pasaron por el almacén en el transcurso de la entrevista, el único que tuvo una experiencia en las sierras para contar fue C. Él tiene 41 años, nació y creció con los cerros como un telón de fondo cotidiano, con el cual nunca se relacionó demasiado. La única excepción fue cuando tenía 12 años, oportunidad en la que organizó un

campamento con un primo y un amigo. Según recuerda, debió ser en otoño o invierno porque era época de caza. Llevaron consigo muchas provisiones tomadas del almacén de sus padres, que pensaban pagar con las pieles de zorros que cazarían. Las provisiones incluían de todo menos carne:

"...la idea era cazar para comer. Hacíamos unos pocitos poco profundos y con palitos de cardo armábamos trampas para cazar ratones...algunos llegamos a cazar, pero no los comimos. También habíamos llevado un arma y en el monte al pie de la sierra cazábamos perdices y palomas...".

Con respecto a la forma de cocinar, C cuenta que armaban un pozo rodeado de piedras y prendían fuego con ramas de curro. La aventura en la sierra consistía en salir a recorrer durante todo el día:

"...para subir a la cima tardábamos mucho... desde abajo siempre parecía que faltaba poco, pero cuando llegábamos a ese punto aparecía más sierra... La verdad es que nos quedó grande la sierra... me quedó grabado lo grande que es la cima de Sierra Larga, la cantidad de hectáreas que hay ahí arriba es impresionante. Nunca me lo hubiera imaginado...".

La dificultad de abarcar en un solo recorrido toda la extensión de Sierra Larga es una experiencia común a todas aquellas personas que alguna vez la subieron.

Durante la entrevista en el almacén surgieron dudas con respecto a los nombres de las sierras. Localmente, el sector de Sierra Larga ubicado al norte de la Puerta del Diablo recibe diferentes denominaciones relacionados con antiguos campos. Los cerros El Sombrero y El Bonete son reconocidos por todos mientras que los demás, como los cerros Chato, del Medio y La China no son identificados con nombres particulares. Esta situación también refiere a la poca relación que la gente local mantiene con los cerros del lugar en el que viven.

Con respecto al pasado, fue muy poca la información discutida en el marco de la entrevista en el

almacén. En Dos Naciones el referente es la escuela, ninguno de los entrevistados visitó el museo de Lobería. Una de las críticas realizadas a los contenidos que se enseñan en la escuela resalta la generalidad con la que se presenta el pasado sin particularizar en lo local: “...*la verdad que no me acuerdo que en la escuela me hayan enseñado nada de acá...*”. Sobre los sitios arqueológicos hallados en la zona, y la historia que los mismos representan, poseen algunas ideas fragmentadas producto de las charlas ocasionales con el equipo de investigación y de los relatos que la gente de los campos repite después del paso de las arqueólogas.

Los campos

En los campos situados al pie de las sierras se han realizado cuatro entrevistas, a las que se suman los registros de charlas informales sostenidas con otras siete personas durante el transcurso de los trabajos arqueológicos. El mayor es un hombre de 76 años, propietario de un campo con laguna, desde donde resulta posible ver las siluetas del cerro El Sombrero, Sierra Larga y los cerros El Bonete y del Medio. Según cuenta Ñ, aún en las épocas de mayor sequía hubo agua en la laguna. A pesar de haber vivido toda su vida en la zona, Ñ subió solo una vez a las sierras: “...*subí una vez a Sierra Larga cuando tenía 9 años, pero a caballo. Es que parece cerca, pero cuando empezás a caminar hay un rato... además, un golpe con las piedras puede ser feo*”. Surge nuevamente la idea sobre el esfuerzo físico que implica el ascenso, además del peligro que representan las víboras que se encuentran arriba.

En diferentes charlas ocasionales, otros dos propietarios de campos coinciden en las dificultades que presentan las sierras para personas de más de 60 años. Sus casas se ubican en diferentes sectores al pie de Sierra Larga. Uno de ellos, solía subir a la sierra cuando era chico y podía hacerlo tres veces al día si había que buscar chivos, acompañar a alguna visita o jugar un rato. Pero ya hace más de 20 años que no sube porque dice que a su edad el físico no lo acompaña en aventuras de ese tipo. El testimonio de K es similar; él subía para cazar o recorrer un poco las cuevas que se ven desde abajo.

Los comentarios y las anécdotas de cuatro trabajadores rurales confluyen en un mismo punto: las sierras son solo un espacio laboral. Cada uno de ellos ha sido visto recorriendo faldeos y valles a caballo, principalmente arriando hacienda. Dos de ellos, P y F, jamás subieron a la cima de ninguno de los cerros ni tampoco se bajaron del caballo para recorrer las laderas.

Además de las conversaciones que forman parte de la cotidianeidad de los trabajos de campo arqueológicos, la esposa de uno de estos encargados fue entrevistada formalmente, acompañada por sus dos hijos. De chica subía a los cerros:

“... siempre fui fanática de las sierras... Somos cinco hermanos y armábamos excursiones entre todos para subir, en general a caballo... A las sierras chicas iba sola, pero al Sombrero no porque en una parte tenés que escalar...”

En sus relatos, V mencionó una y otra vez los recorridos y las subidas, la emoción de trepar y mirar alrededor, pero frente a la pregunta de si llegaba a la cima respondió:

“¿La cima, qué gracia tiene? ¡Si lo más lindo es subir! Bajar es aburrido y te golpeas... a mí lo que me gusta es subir... bueno, sí, en El Sombrero llegar a la cima es lindo, pero en las más chiquitas de por acá no tiene gracia”.

Durante el encuentro, su hija comentó que nunca subió a las sierras. V no deja que sus hijos vayan a los cerros, le da miedo por las víboras, por los pumas y por los golpes que puedan darse: “...*lo que pasa es que cuánto más grande sos y más sabes, más miedo tenés*”. A los motivos expuestos recurrentemente sobre los peligros de los cerros, aquí surge una novedad: los pumas. De acuerdo con V la población de pumas ha avanzado en los últimos años y es necesario llevar un arma para subir a las sierras.

Otro trabajador rural entrevistado nació y creció al pie de estas sierras. Tiene 41 años y desde su adolescencia trabaja en la zona. Él fue uno de los chi-

cos que acampó en Sierra Larga junto a C, 30 años atrás. Aquella fue la única experiencia que tuvo en los cerros siendo pequeño, aunque no sabe bien por qué, no le interesaba subir. Cuando él estaba trabajando en la estancia en la que se encuentra el cerro El Sombrero, Nora Flegenheimer había comenzado las excavaciones en la cima (Flegenheimer 2003). Según cuenta, recién en ese momento comenzó a interesarse por las sierras y su historia. Entonces, en sus ratos de descanso subía a pie para disfrutar de la vista y ver a los arqueólogos trabajando: “...*tardaba muy poco para llegar a la cima, no sé, unos 20 minutos como mucho... ¡era joven!*”. En la actualidad, trabaja en un campo al pie de Sierra Larga, en donde vive con su familia. De nuevo, comenzó a conocer y recorrer la sierra, que veía todos los días desde su casa, cuando se iniciaron las investigaciones en el sitio Los Tulis, en la cima (Mazzia 2011). A partir de sus experiencias y percepciones E cuenta:

“...sentía mucho placer cada vez que subía... la verdad es que hasta que no subís no te das cuenta de lo hermoso que es el lugar... Me gusta todo: la vista, los reflejos del agua en los campos, los montes... desde arriba, cuando está serenito se escucha a la gente de los campos hablando, se escuchan las gallinas, todo. De estar en la cima recuerdo la vista, los sonidos... y el viento”.

A diferencia de la mayoría de los entrevistados, E no encuentra dificultades para subir ni para bajar de las sierras, según sus recuerdos, hasta el paredón de rocas es muy fácil llegar y después sólo hay que saber encontrar el mejor camino para trepar. A pesar de ello, él cree que la gente no va a las sierras porque piensan que es difícil. Por supuesto, también considera que otros motivos importantes son las víboras y la prohibición de los propietarios. De hecho, tal prohibición no es tácita sino que puede ser vista en carteles sobre las tranqueras cuando se transita por los caminos vecinales.

Tanto E como V y W, el hijo de un propietario de campo, los tres han cursado sus estudios en la escuela de Dos Naciones. Ninguno recuerda que en esos años los maestros les enseñaran temas parti-

culares de las sierras ni del pasado indígena local, aunque consideran que hubiera sido importante. Sólo W contó haber ido de excursión con 15 compañeros y un maestro.

En los campos, todos coinciden en que es la escuela local la que debe enseñar todo lo referido al pasado particular de la zona, incluso para que ese conocimiento llegue a los padres y a los demás vecinos. Sin interés en visitar museos en la ciudad, muchos concuerdan en que los investigadores deberían hacer reuniones con la comunidad en el ámbito de la escuela para contar las novedades de la zona. Encuentros de ese tipo ayudarían además a reestablecer los vínculos vecinales perdidos en la última década.

Las escuelas

La escuela N° 34 se encuentra en la llanura serrana que separa al cerro El Sombrero de Sierra Larga, sobre el camino que atraviesa el abra. La escuela tiene una maestra recién llegada a la zona. La población de alumnos se reduce a dos hermanos, de nueve y seis años, quienes ya habían participado de una entrevista junto a su madre, V. Ninguno ha subido a las sierras.

En la escuela N° 19 de Dos Naciones fue posible realizar una entrevista grupal más extensa, en la que participaron el maestro y sus cuatro alumnos de cuatro, seis, siete y ocho años. El docente llega todos los días desde Lobería, pero cuenta que tiempo atrás estuvo también en la escuela N° 34 y que allí se quedaba durante la semana: “...*nunca me animé a subir... siempre llegué hasta por ahí ... quizás por los peligros, por los bichos, por pensar que si me pasaba algo estando solo, qué hacía...*”. El maestro cuenta que, en ese entonces, organizó una excursión para subir a las sierras con diez chicos que tenía en la escuela y otros diez que vinieron de Lobería. Al grupo actual los llevó a comienzos de año al mismo lugar, pero sólo para que conozcan la zona desde el pie de la sierra. A pesar de que los cuatro chicos viven muy cerca de la base de los cerros, sólo uno de ellos recuerda haber subido en una oportunidad con su papá al cerro El Bonete. De acuerdo con lo conversado con el docente, no estarían contemplados en el programa

del año temas particulares del lugar. Por tal motivo, el maestro, como iniciativa personal, propone excursiones con temáticas generales para poder realizar un primer acercamiento. Formalmente, el marco general del diseño curricular de educación primaria de la provincia de Buenos Aires propone el conocimiento territorial, tanto para ciencias sociales como naturales, en diferentes escalas que incluyen todo lo referido al ámbito local. No obstante, los estudiantes actuales y aquellos que estudiaron en la zona entre 15 y 30 años atrás, cuentan que no han aprendido sobre las características singulares del ambiente serrano ni sobre su pasado humano. Los nenes no conocen los nombres de los cerros que ven todos los días y no se imaginan que en ellos vivió gente.

TRABAJAR EN LAS SIERRAS

Más allá de los trabajadores rurales que recorren ciertos sectores serranos a caballo como parte de sus labores, existen tres actores sociales que tienen a estas sierras como escenario de trabajo: los helecheros, el personal de seguridad privada y las arqueólogas.

Recolectar en la actualidad: los helecheros

Los helecheros (Figura 2) son hombres cuyo trabajo consiste en recolectar helechos del tipo *Rumohra adiantiformis* que crecen naturalmente en las laderas de las sierras. El uso del género masculino no es casual, hasta el momento no se han conocido casos en los que una mujer desarrolle la tarea. De acuerdo con HL, el jefe de una de las cuadrillas, es un trabajo demasiado duro para una mujer. Este hombre de unos 50 años contó que empezó a recolectar cuando tenía 14 años. Desde entonces, nada ha cambiado en la forma de trabajar ni en el tipo de helecho recolectado. No se ha encontrado un registro formal del inicio de la explotación comercial de este recurso, pero según las historias locales desde hace unos 40 o 50 años que los helecheros existen como personajes serranos.

Las cuadrillas de helecheros llegan a las sierras en grupos de entre cinco y nueve hombres cuya edad promedio es de 30 años. El recurso se encuentra

en los sectores serranos de Tandil, San Manuel, Lobería y Balcarce, área en la que trabajan aproximadamente 300 helecheros. La mayor parte de ellos vive en Balcarce y se traslada en grupos, que no tienen relación entre sí, al lugar de recolección: "...sólo en Balcarce debe haber unas 1.000 personas que dependen del helecho...". El helecho recolectado tiene como destino el mercado central de flores de Buenos Aires y comercios minoristas de la zona (Salle *et al.* 2009).

La recolección la realizan de lunes a sábado, aunque algunos grupos también van a las sierras los días domingos, principalmente si durante la semana hubo lluvias que les impidieron subir. El día de trabajo comienza antes del amanecer. La cuadrilla llega al pie de las sierras aproximadamente a las seis de la mañana y estando aún oscuro empiezan el ascenso. Como herramientas sólo llevan consigo una hoz, piolín y un lienzo. Si bien comienzan a subir todos juntos, cada recolector busca su propio



Figura 2. Helechero en la cima de Sierra Larga con un fardo sobre sus hombros.

lugar para cortar. Los recorridos que realizan varían de acuerdo con la concentración de helechos. Por ejemplo, en abril de 2007 se registró que un grupo subía a Sierra Larga en la Puerta del Diablo y bajaba con su carga a unos seis km de distancia en dirección sudeste; mientras que en septiembre de 2009 se observó a otro grupo que subía y bajaba por el mismo sector de Sierra Larga, habiendo recorrido apenas un km en toda la mañana. Los sectores más visitados, son identificados con nombres particulares: el sector de la viuda, el pozo, la estancia, son algunas de las referencias que suelen utilizar.

En líneas generales, no transitan por la cima de los cerros, excepto como lugar de paso. La recolección la realizan en los escalones de rocas cuarcíticas, que rodean la cima. A medida que cortan las plantas, con el piolín van armando paquetes de unas 15 ramas. Estos paquetes son dejados formando pequeñas acumulaciones a lo largo del camino recorrido. Al finalizar la jornada, en general a las 14 hs aproximadamente, cada helechero junta todos sus paquetes en un lienzo de dos metros de largo. El fardo armado puede llegar a pesar entre 70 y 100 kg y es cargado sobre hombros, cuello y cabeza sin ningún tipo de agarre. Con el lienzo cargado bajan la sierra hasta el lugar pautado como punto de encuentro. Allí los espera el jefe de la cuadrilla con la camioneta para cargar los fardos y volver a Balcarce.

El trabajo de los helecheros depende de las condiciones climáticas y de la demanda comercial. Con lluvia deben suspenderse las tareas, aunque se ha registrado la llegada de recolectores al día siguiente de una precipitación fuerte, cuando las rocas aún estaban húmedas y resbaladizas. En épocas de mayor demanda la jornada laboral se extiende hasta las 17 hs.

Si bien la extracción no resulta una actividad regulada que asegure la sustentabilidad del recurso (Salle *et al.* 2009) los diferentes grupos de helecheros planifican la alternancia de los lugares de recolección respetando el ciclo de vida de la planta: “...nosotros nunca tocamos la papa (raíz) porque de ahí vuelven a salir plantas... dos veces al año crece el helecho”.

Trabajar en las sierras todos los días en cualquier

época del año implica cierto desgaste físico y riesgo. Al respecto HL comenta:

“el tema es que en las sierras no hay que apurarse...hay que tener un ritmo especial para subir y bajar. A mí se me cayó uno, terminó con la pierna llena de clavos pero, por suerte, puede contarla. El peligro mayor está en las repisas de piedra (escalones de rocas cuarcíticas próximos a la cima)... un patinazo y el viento: cayó como por 12 m... Decí que tenía celular encima...lo tuvimos que sacar en camilla de palo. En realidad el trabajo no es riesgoso, ellos lo hacen riesgoso”.

A partir de ese accidente HL inscribió a quienes trabajan con él como monotributistas para que tengan seguro laboral. De acuerdo con la información que pudo recopilarse, se trata del único grupo que trabaja con ese beneficio.

En las conversaciones mantenidas con el grupo entero, ninguno menciona el cansancio, los golpes ni las posibles caídas, pero todos coinciden en que los mayores peligros a los que se exponen son las víboras y los pumas. Si bien ninguno de los recolectores sube a las sierras sin botas de goma, no suelen usar guantes de cuero como protección en sus manos. Cuentan que han tenido muchos casos de picaduras, pero ninguno de ellos fue mortal. A los pumas, en cambio, los encontraron muy pocas veces. No obstante, representan uno de los motivos por los que no entran en las cuevas, además de que en su interior no crecen los helechos.

Para recolectar en las sierras resulta crucial un aspecto ya resaltado anteriormente con respecto al turismo: la propiedad privada del espacio. El permiso que les otorgan los dueños de los campos para acceder a los cerros depende de las relaciones y acuerdos que pueda establecer el jefe de la cuadrilla. En la actualidad, uno de los grupos entrevistados cuenta con la autorización de la empresa propietaria del cerro El Sombrero y de la mayor parte de Sierra Larga⁸. Este no es un dato menor, puesto

⁸ Un sector de Sierra Larga, los cerros El Bonete, del Medio y Chato pertenecen a otra empresa que no permite el ingreso de helecheros. Dicha empresa, además,

que dicha empresa es la que cuenta con personal de seguridad armada que, como se detallará más adelante, tiene como función principal no permitir el ingreso de helecheros y cazadores. Los grupos que no poseen autorización acceden a las sierras de manera clandestina: por intermedio del propietario de algún campo lindero o llegando de madrugada sin camioneta, caminando varios kilómetros para pasar desapercibidos. Al trabajar de esa forma, la clandestinidad resulta otro de los riesgos del trabajo pues, además de recolectar, cada uno debe mantenerse oculto de la vista del personal de seguridad, de los demás trabajadores del campo e incluso del grupo de helecheros habilitados.

Para mucha gente de la zona, los helecheros representan otro de los aspectos negativos de las sierras. Incluso suelen ser los primeros en ser señalados en ocasiones de robo o incendios en los campos. Por ejemplo, en enero de 2009 diferentes medios digitales (www.puntonueve.com.ar/archives/3300; www.lanacion.com.ar/nota.asp?nota_id=1092392) publicaron la noticia sobre un incendio que consumió cerca de 12.000 hectáreas en las sierras de Balcarce, a partir del cual un grupo de helecheros permaneció demorado por la policía como presuntos responsables. Uno de los motivos por los cuales se los señala como personas peligrosas es el prejuicio sobre su condición social y su pasado: “...es que es gente de dudosa reputación, en general son tipos que salen de la cárcel y no consiguen otro trabajo”. A pesar de las dudas que inspiran los helecheros, muchos resaltan la dureza de su trabajo y la habilidad física que demuestran al hacerlo: “...es muy duro lo que hacen, suben a las sierras en cualquier época del año... cargan muchísimo peso y para que el fardo no se les resbale andan en cuero”.

En suma, los helecheros representan las únicas personas que en la actualidad recorren todos los días del año las sierras de la zona. En su rutina, las sierras no son un obstáculo ni un desafío, son simplemente el espacio en el que cortan helechos: “...es como una quinta a la que tienen que ir a

estableció en los cerros El Bonete y del Medio una Reserva Natural Privada, con el objetivo de proteger la flora y fauna nativa, colocando cercados eléctricos. Esta situación restringe aún más las posibilidades de recolección de helechos.

cortar lechuga, nada más”. Ninguno de los helecheros pudo responder la pregunta sobre el tiempo que les llevaba realizar el ascenso, puesto que la acción de subir no les resulta algo particular que pueda diferenciarse del recorrido y la recolección.

Vigilar las sierras: personal de seguridad privada

Una única empresa es propietaria de al menos 3.000 hectáreas de sierras en los partidos de Lobería y Balcarce. Su vigilancia está a cargo de dos personas que tienen un horario de trabajo de 11 horas corridas, después de las cuales cumplen horas de trabajo pasivo.

Los implementos para su trabajo cotidiano son un uniforme negro, borceguíes, largavistas binoculares, camioneta con sirena, radio, planos catastrales de los campos y armas. Sobre sus tareas cuentan:

“...la mayor preocupación en la sierra son los cazadores y los helecheros, principalmente los helecheros. Además del grupo que está autorizado hay muchos dando vueltas... el otro día agarramos a 16... vino la policía, pero mientras, ellos amenazaban con quemar los campos”.

Para la vigilancia de las sierras recorren en camioneta y a pie.

Durante un encuentro ocasional en la cima de Sierra Larga fuimos testigos de un alerta que recibieron sobre la presencia de helecheros clandestinos. Al presenciar el operativo de búsqueda en la ladera de la sierra, vimos al recolector esconderse entre unos matorrales de curros y pastizales de gran altura. A pesar de correr tras él y buscarlo por más de media hora no pudieron encontrarlo. En el ambiente serrano, la vegetación y las piedras se presentan como un escenario en el que camuflarse resulta sencillo.

Más allá de los alertas que reciben, ellos también descubren a los helecheros y a los cazadores clandestinos a partir de los rastrillajes que realizan en la zona: “nosotros cuando encontramos los rastros, andando tanto...caminamos y recorreremos mucho...”.

El trabajo del personal de seguridad privada no se

restringe a impedir la entrada de helecheros y cazadores. En realidad, no está permitido que nadie suba a las sierras, tampoco los vecinos.

Investigar en las sierras: la experiencia de una arqueóloga

El trabajo arqueológico representa una forma particular de habitar los lugares del pasado (Binford 1988; Ingold 1993; Thomas 2001). Además de trabajar por un tiempo determinado en el espacio definido como sitio, la investigación arqueológica en las sierras implica subir y bajar cada día, transportando cierta carga de objetos y buscando el recorrido más conveniente en cada ocasión. Sumado a esto, las prospecciones arqueológicas pedestres conducen a un importante reconocimiento de los diferentes espacios serranos.

Antes de comenzar a investigar sobre el pasado en las sierras de Lobería, Nora no había subido nunca. Su primera visita, a los 24 años, fue a una serranía de muy poca altura: el cerro La China. Allí comenzó los trabajos de campo en la zona. El sitio 1 de la localidad Cerro La China se encuentra a unos 80 metros de distancia del casco de la estancia, en donde, en ese momento, vivía gente de manera estable. Sin embargo, estas personas rara vez se acercaban al cerro y consideraban extraño el interés de la arqueóloga:

“un tiempo después de estar excavando me enteré que creían que lo que yo iba a hacer era buscar el anillo de la dueña del campo. Según contaban, esa casa fue construida por una familia de mucho dinero... La gente del campo no se acercaba a ver qué estaba haciendo, porque no subían al cerro...La nieta de los dueños era la única que me visitaba en el sitio, tendría unos 7 años... Los hombres quizás pasaban a caballo mientras trabajaban... y las mujeres, creo nunca...no sé, por las víboras y por todo lo que se decía sobre la oscuridad del cerro...”

Unos años después, Nora comenzó a hacer prospecciones en Sierra Larga, recorriendo principalmente la Puerta del Diablo y la ladera este. Al res-

pecto, ella recuerda:

“...eran días muy largos de caminata entre las rocas, revisando las cuevas...recuerdo caerme en medio de los pastos, muerta de agotamiento...esos recorridos me sirvieron principalmente para saber lo que era andar en las sierras”.

Posteriormente, comenzaron las excavaciones en el cerro El Sombrero. La diferencia entre las dimensiones de este cerro y el cerro La China son notables. No obstante, estas diferencias no parecen haber generado una fuerte impresión en ella:

“No me acuerdo si me costó subir...creo que no jera joven! Igualmente, la primera vez que subí fue con el Sr. Nosedá, que era un hombre grande, así que supongo que habremos subido a su ritmo...Después, en la primera campaña nos quedamos varios días... todavía no habíamos pescado el lugar más fácil para subir del paredón...para llegar a la cima teníamos que pegar un salto de dos metros, inventamos un sistema de empujarnos para subir y bajar...esa era la única dificultad”.

Recurrentemente, en diferentes entrevistas ha surgido la idea de que no cualquier cuerpo puede realizar el ascenso. Frente a esto, Nora recuerda que trabajó sin inconvenientes en la cima de El Sombrero estando embarazada de cuatro meses. Sólo en la visita siguiente, con seis meses de embarazo no pudo subir y decidió quedarse en el campamento. Este recuerdo se entrelaza con el tema de los sonidos:

“...estaba abajo, en el cerrito de basamento que está al pie y yo desde ahí podía escuchar a los chicos que estaban en la cima... es muy raro cómo viajan los sonidos...es un rasgo muy particular de las sierras”.

Además de los sonidos, Nora resalta un olor que ha sentido en las sierras pero que no ha podido identificar en ningún otro lugar. Otra percepción

grabada en sus recuerdos es la producida por el viento: “*el viento puede ser terrible, en cierto sentido, las sierras son duras para trabajar pero lo bueno es que siempre puedes encontrar reparo*”. Entre la reflexión objetivada producto del conocimiento bibliográfico y las percepciones mediadas por la experiencia de quien siente como propios ciertos lugares serranos, Nora enumera sus particularidades: flora, fauna, visibilidad y recorridos. Dice al respecto:

“uno desde arriba puede ver todo el llano, se puede subir y bajar fácilmente, por eso la sierra no está encerrada en sí misma...sin embargo, hay cosas que sólo parecen estar en el ambiente de sierra: los olores, ciertas plantas... Otra cosa es que en la sierra hay fauna que en la llanura casi no se ve”.

Al hablar sobre movimientos, recorridos y vistas, la arqueóloga resalta:

“tengo ciertas imágenes guardadas, la vista desde la cima de El Sombrero hacia la Puerta del Diablo...pero lo más fuerte para mí es el movimiento, saltar sobre los helechos, entre las piedras...A mí lo que más me remite a las sierras son los recorridos...”.

Hace más de 30 años de la primera visita de Nora a las sierras. Durante ese tiempo la predisposición de la comunidad local frente a los cerros ha sufrido pocos cambios: tanto en ese entonces como en la actualidad existe una división marcada entre el llano y la altura. Desde lo visual, esta separación se observa claramente en la línea que separa los potreros cultivados de la vegetación silvestre y las rocas. De acuerdo con su experiencia, la arqueóloga cuenta:

“quizás la diferencia es cuando la sierra es útil para la hacienda o no...en algunos casos parece como si las sierras fueran algo prohibido...igual, en toda la zona es raro para la gente que nosotras subamos a las sierras...pero es en estas sierras, en Barker (partido de Benito Juárez), es común que la

gente suba a El Sombrero...lo mismo pasa en Tandil”.

CONSIDERACIONES SOBRE LOS REGISTROS ANTROPOLÓGICOS

Las experiencias y percepciones actuales relacionadas con las sierras resultan diversas, aunque ciertos aspectos son mencionados de manera recurrente. Las personas que viven en las ciudades cercanas rara vez visitan este sector serrano. Por su parte, quienes viven, trabajan y estudian al pie de las sierras tampoco las incluyen en sus rutinas cotidianas. Observamos que en algunos casos la falta de interés resulta clave. Sin embargo, en su mayoría, las apreciaciones sobre este paisaje son positivas, a pesar de que se reconocen muchos impedimentos para su acceso. Los motivos más citados se asocian con las dificultades que implica subir y trepar, con los peligros representados por las víboras y las caídas y por la prohibición de acceso mediada por la seguridad privada.

Las aptitudes físicas necesarias para subir a las sierras pueden influir en la facilidad y rapidez con la que se recorra el camino, pero no representan en sí mismas un impedimento. Se ha registrado el ascenso de niños, adultos mayores, mujeres embarazadas y personas con dificultades respiratorias; todos inmersos en un modo de vida sedentario. Por ello, estas diferentes experiencias hacen replantear la concepción, tan arraigada en el sentido común de la gente de la zona, que las sierras son lugares peligrosos y que su ascenso requiere un esfuerzo físico que pocos pueden afrontar. También resulta importante reiterar el testimonio de los helecheros, para quienes el ascenso y el descenso a los cerros no implican un esfuerzo diferente al necesario para el resto del trayecto. Las víboras y el temor a su picadura son uno de los argumentos más fuertes sobre los peligros en las sierras. Muchas personas han contado historias sobre la gran cantidad de picaduras, incluso los helecheros han dado cuenta de eso. Sin embargo, no se han registrado muertes en la zona por esta causa. Finalmente, la propiedad privada de los cerros permanece como la dificultad de acceso más concreta y evidente.

Otro de los temas abordados en este trabajo tiene

que ver con la percepción de la comunidad local sobre el pasado y el patrimonio. Con respecto al pasado serrano, existe aún una deuda importante relacionada con las estrategias formales de comunicación del conocimiento arqueológico. Lo más notorio en todos los casos es la falta de identificación de las personas con el pasado indígena local y el no reconocimiento del patrimonio arqueológico como propio. El pasado contado por la arqueología no es considerado parte de la historia que dio origen a estas ciudades o pueblos. Esta situación no es ajena a lo que sucede en gran parte de los pueblos bonaerenses para los cuales sus orígenes y prácticas culturales se elaboran en base a los aportes de la inmigración europea (Mazzia *et al.* 2014; Salerno 2013). El pasado arqueológico, distante en tiempo y espacio, a pesar de haber sucedido en los mismos escenarios de la población actual, no tiene lugar en las representaciones surgidas a partir del estereotipo nacional de una población con fuertes raíces europeas (Briones 2005; Salerno 2013).

Nuestro equipo de investigación ha estado comprometido con actividades de comunicación que hicieran visible en diferentes contextos el trabajo realizado: se presentaron conferencias y se desarrollaron materiales didácticos que fueron entregados en las escuelas y en los diferentes campos y estancias -folletos, libro (Flegenheimer *et al.* 2007) y CD interactivo (Pupio *et al.* 2008)-. No obstante, la inclusión de la información arqueológica en una oferta turística (en el ejemplo de la Estancia Santa María) no tuvo participación del grupo de investigación. Se trata de un caso que llama la atención sobre la necesidad de generar formas de comunicación más fluidas tendientes a proteger de manera conjunta con la comunidad el patrimonio cultural. Para quienes viven en la ciudad, el museo resulta un referente ineludible, por más que sólo la mitad de los entrevistados lo haya visitado. Al momento de pensar estrategias de acercamiento al tema surgió el interés por visitar los sitios y escuchar a los arqueólogos en primera persona.

En el caso de la comunidad del área rural sólo la escuela es considerada un referente para el tema. La escuela y su rol en el conocimiento de las particularidades locales, como paisaje y pasado, fueron un tema recurrente entre los diferentes entrevista-

dos. Sin embargo, allí no se enseña sobre el pasado de la zona. Saben de la presencia de materiales arqueológicos pero no su historia, no ven en las sierras lugares históricos y las pocas historias de la región que se conocen refieren siempre a un pasado reciente. En este sentido, el trabajo de campo antropológico da cuenta de la necesidad y el reclamo de que la escuela rural se convierta en un punto de encuentro para la comunidad, que permita el fortalecimiento de lazos vecinales perdidos, la transmisión oral de realidades pasadas del lugar y la circulación efectiva de los nuevos conocimientos sobre el paisaje y su pasado prehispánico.

EXPERIENCIAS ACTUALES Y PAISAJES ARQUEOLÓGICOS

Los registros que remiten a estar y moverse en los espacios serranos fueron considerados al momento de interpretar la información arqueológica. Esto no implica generar analogías directas ni alguna forma de empatía con las sociedades pasadas, se trata, en cambio, de generar preguntas desde la experiencia subjetiva sobre las posibles relaciones espaciales existentes en el pasado (Thomas 1993); con el reconocimiento explícito de que la experiencia proviene de cuerpos moldeados por la vida sedentaria. Por ejemplo, al realizar análisis de distancias y posibles recorridos entre los diferentes lugares arqueológicos del área de estudio se utilizó un modelo de elevación digital del terreno sobre el cual, en un entorno de Sistemas de Información Geográfica (SIG), se calcularon las distancias en kilómetros que separan los diferentes sitios (Mazzia y Gómez 2013). Para que esas distancias remitan a experiencias corporales fueron cotejadas con referencias tomadas de las entrevistas. Se puede citar el caso de los helecheros, quienes realizaron un recorrido de seis km recolectando por la ladera en siete horas o la experiencia de E, para quien el ascenso a la cima del cerro El Sombrero implicaba no más 15 o 20 minutos. Asimismo, para la caracterización de lugares arqueológicos se han tenido en cuenta los registros sobre accesibilidad, olores, visibilidad, sonidos y protección que ofrecen los espacios. Las condiciones generales de visibilidad, también analizadas mediante gráficos

en un entorno SIG (Mazzia y Gómez 2013), fueron complementadas con las experiencias visuales registradas, por ejemplo, en los testimonios de V, E y de Nora. Otra particularidad se relaciona con los sonidos, tal como cuentan E y Nora: al estar en la cima, dependiendo de las condiciones climáticas, es posible escuchar claramente sonidos provenientes de abajo, pero escuchar a quienes se encuentran al lado puede ser difícil. Las distintas experiencias recopiladas ofrecen la posibilidad de pensar sobre gestos, movimientos y percepciones en los espacios estudiados a partir de evidencias arqueológicas. En nuestra investigación arqueológica, el trabajo de campo antropológico nos brindó la posibilidad de situar diferentes cuerpos en los lugares y los recorridos y, así, humanizar esos espacios.

PALABRAS FINALES

La integración del trabajo de campo antropológico a la investigación arqueológica permitió reflexionar sobre la existencia de una discontinuidad que es tanto espacial como temporal. En cuanto al espacio, a partir de la información arqueológica entendemos que en el pasado los cerros y la llanura circundante debieron constituir un espacio continuo que ofrecía una amplia variedad de microambientes (Mazzia y Flegenheimer 2012); desde esta perspectiva resulta posible pensar los posibles movimientos y las relaciones de las personas en el entorno serrano como parte de sus prácticas habituales. Por el contrario, en la actualidad, la comunidad local mantiene una relación de mayor distancia con las sierras; éstas resultan un espacio distante de la vida cotidiana, es simplemente un telón de fondo, marcadamente separado de la llanura, y en ocasiones, considerado inaccesible o peligroso. La propiedad privada de la tierra, y más aún de las sierras, representan uno de los mayores obstáculos en la actualidad para quienes sí tiene interés por visitarlas y recorrerlas. Con respecto a la historia, puede considerarse la existencia de cierta discontinuidad temporal, nuevamente una relación distante, marcada por la falta de reconocimiento del patrimonio arqueológico como propio y por la poca afinidad que encuentran

con el pasado indígena local, situación recurrente en diferentes ciudades y pueblos bonaerenses. Por ello, en tanto parte del trabajo arqueológico regional, las entrevistas desarrolladas en el seno de la comunidad local tuvieron como objetivo sentar bases para futuros proyectos destinados a la protección y revalorización del patrimonio que incluyan desde su elaboración las inquietudes y los intereses registrados y llaman la atención sobre las tareas pendientes. Uno de los reclamos más frecuentes fue el de poder visitar los sitios arqueológicos o conocerlos mientras están siendo excavados. Sin embargo, los sitios que han sido trabajados hasta el momento en la microrregión serrana se encuentran dentro de los límites de establecimientos privados. En consecuencia, el acceso tanto a las sierras como a los sitios resulta restringido y mediado por autorizaciones especiales. Este quizás sea uno de los reclamos que resulta más difícil incluir en las estrategias de comunicación y visibilización de los espacios habitados en el pasado. En este sentido, el desarrollo de proyectos multimedia puede resultar una vía de comunicación que permita una experiencia virtual de los sitios.

Los lugares serranos del área de estudio tienen una historia que comenzó con los pobladores tempranos de la región y continuó a lo largo de miles de años. Cada lugar está cargado de historias, pero éstas sólo vuelven a cobrar importancia cuando las personas las cuentan y recuerdan. El objetivo último de nuestras investigaciones se concretará en tanto la comunidad local, de acuerdo con sus intereses, cuente con este conocimiento para vincular con sus propios saberes y así reconocer el pasado en los paisajes que vive y contempla cotidianamente.

AGRADECIMIENTOS

Queremos agradecer especialmente a todas las personas que compartieron su tiempo y sus historias. A Carolina Pérez Levalle, Lautaro Gianola y Pablo Villar por su ayuda en el trabajo de campo antropológico; a Virginia Salerno y Nora Flegenheimer por sus lecturas y comentarios enriquecedores, a Mariel Cremonesi por su asesoramiento bibliográfico. A la familia Teruggi Zappia por su

constante hospitalidad.

Este trabajo se enmarca en los proyectos PICT Bicentenario 2010 No.1517, PICT 2014-3054 y PIP 112 -201101-00177.

BIBLIOGRAFÍA

ACHILLI, E. L.

2005. Un enfoque antropológico relacional. Algunos núcleos identificatorios. En *Investigar en Antropología Social. Los Desafíos de Transmitir un Oficio*, pp. 15- 29. Ediciones Laborde, Rosario.

AUGÉ, M.

1998. *Los no Lugares. Espacios del Anonimato. Una Antropología de la Modernidad*. Editorial Gedisa, España.

BENDER, B.

2002. Time and landscape. *Current Anthropology* 43 (4): 103- 112.

BINFORD, L.

1988. *En Busca del Pasado*. Editorial Crítica, España.

BRIONES, C.

2005 (2008). Formaciones de alteridad: contextos globales, procesos nacionales y provinciales. En *Cartografías Argentinas: Políticas Indigenistas y Formaciones Provinciales de Alteridad*, editado por C. Briones, pp. 9-36. Antropofagia, Buenos Aires.

FLEGENHEIMER, N.

1991. Bifacialidad y piedra pulida en sitios pampeanos tempranos. *Shincal* 3(2): 229-233.

2003. Cerro El Sombrero, a locality with a view. En *Where the South Winds Blow. Ancient Evidence of Paleo South Americans*, editado por L. Miotti, M. Salemme y N. Flegenheimer, pp. 51-56. Center for the study of the First Americans, Texas.

2004. Las ocupaciones de la transición Pleistoceno-Holoceno: una visión sobre las investigaciones en los últimos 20 años en la Región pampeana. *Actas del X Congreso Nacional de Arqueología Uru-*

guaya, 26-29 noviembre 2001 CD., editado por L. Beovide, I. Barreto y C. Curbelo. Uruguay.

FLEGENHEIMER, N. y C. BAYÓN

1999. Abastecimiento de rocas en sitios pampeanos tempranos: recolectando colores. En *En los Tres Reinos: Prácticas de Recolección en el Cono Sur de América*, editado por C. Aschero, M. Kors-tanje y P. Vuoto, pp. 95-107. Magna Publicaciones, Tucumán.

FLEGENHEIMER, N., C. BAYÓN y A. PUPIO 2007. *Llegar a un Nuevo Mundo: La Arqueología de los Primeros Pobladores del Actual Territorio Argentino*. Antropofagia, Buenos Aires.

FLEGENHEIMER, N., L. MIOTTI y N. MAZZIA 2013. Rethinking early objects and landscape in the Southern Cone: Fishtail point concentrations in the pampas and northern patagonia. En *Paleoamerican Odyssey*, editado por K. Graf, C. Ketron y M. R. Waters, pp. 359-376. Center for the Study of First Americans, Texas.

GAMBLE, C.

2001. Un esquema para el paleolítico: los escenarios, los ritmos, las regiones. En *Las Sociedades Paleolíticas de Europa*, pp. 87-122. Ariel Prehistoria, Barcelona.

GUBER, R.

2001. La entrevista etnográfica o el arte de la no directividad. En *La Etnografía. Método, Campo y Reflexividad*, pp. 75-100. Grupo Editorial Norma, Bogotá.

2004. *El Salvaje Metropolitano. Reconstrucción del Conocimiento Social en el Trabajo de Campo*. Paidós, Buenos Aires.

INGOLD, T.

1993. The temporality of the landscape. *World Archaeology* 25(2): 152-174.

2000. *The Perception of the Environment. Essays on Livelihood, Dwelling and Skill*. Routledge, Londres-Nueva York.

LOW, S. M.

2003. Embodied space(s). Anthropological theories of body, space and culture. *Space and Culture* 6(1): 9-18.
- MAZZIA, N.
2010-2011. *Lugares y Paisajes de Cazadores-Recolectores en la Pampa Bonaerense: Cambios y Continuidades durante el Pleistoceno Final-Holoceno*. Tesis de Doctorado. Facultad de Ciencias Naturales y Museo, Universidad Nacional de La Plata, La Plata. Ms.
2011. Espacios construidos en el sector centro oriental de Tandilia (pcia. de Buenos Aires, Argentina). *Revista de Arqueología Histórica Argentina y Latinoamericana* 5: 67-94.
- MAZZIA, N. y N. FLEGENHEIMER
2012. Early Settlers and Their Places in the Tandilia Range (Pampean region, Argentina). *Current Research in the Pleistocene Special Volume: Southbound, the late Pleistocene Peopling of Latin America*, editado por L. Miotti, M. Salemme, N. Flegenheimer y T. Goebel: 105-110.
- MAZZIA, N. y J. C. GÓMEZ
2013. GIS and landscape archaeology: a case of study in de Argentine Pampas. *International Journal of Heritage in the Digital Era* 2(4): 527-546.
- MAZZIA, N., V. SALERNO y A. PUPPIO
2014. Public archaeology as a reflexive practice: An Argentine case study of the Pampean region. En *Public Participation in Archaeology*, editado por S. Thomas y J. Lea, pp 61-72. The Boydell Press, Woodbridge.
- OXMAN, C.
1998. *La Entrevista de Investigación en Ciencias Sociales*. Eudeba, Buenos Aires.
- PUPPIO, A, R. FRONINI, M. FRÈRE y N. MAZZIA (compiladoras)
2008. *Sobre los Primeros Pobladores de la Pampa Bonaerense: Apuntes de Arqueología para llevar a la Escuela* [CD ROM], Facultad de Filosofía y Letras, UBA, Buenos Aires.
- SALERNO, V.
2013. *Trabajo Arqueológico y Representaciones del Pasado en la Provincia de Buenos Aires*. Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras, UBA, Buenos Aires.
- SALLE, A., J. M. LAVORNIA y M. J. KRISTENSEN
2009. El valor económico de los recursos naturales: el uso del helecho piedra en el área serrana de Tandil. *Actas V Jornadas de Medio Ambiente*, UNICEN, Tandil.
- SANMARTÍN ARCE, R.
2000. La entrevista en el trabajo de campo. *Revista de Antropología Social* 9: 105-126.
- THOMAS, J.
1993. The politics of vision and the archaeology of landscape. En *Landscapes: Politics and Perspectives*, editado por B. Bender, pp. 19- 48. Berg Publishers Ltd., Oxford.
2001. Archaeology of place and landscapes. En *Archaeological Theory Today*, editado por I. Hodder, pp. 165-186. Cambridge University Press, Cambridge.
- TILLEY, C.
1994. *A Phenomenology of Landscape, Places, Paths and Monuments*. Berg, Oxford/Providence.
2010. *Interpreting Landscapes*. Left Coast Press, Walnut creek.
- TUAN, Y-F.
2008 [1977]. *Space and Place. The perspective of Experience*. University of Minnesota Press, Minnesota.
- WEITZEL, C.
2010. *El Estudio de los Artefactos Formateados Fracturados. Contribución a la Comprensión del Registro Arqueológico y la Actividad Humana*. Tesis de Doctorado. Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires. Ms.

Diario Digital PuntoNueve. www.puntonueve.com.ar/archives/3300; Balcarce, 22 de enero de 2009.

Diario La Nación versión on line. www.lanacion.com.ar/nota.asp?nota_id=1092392. Buenos Aires,

Dirección de Turismo, Municipalidad de Lobería. www.turismoloberia.gov.ar. Buenos Aires, marzo de 2009.